

# **“Para mí España y la República Dominicana van de la mano”: testimonio de la española Lily de Cassá**

**Carmen Cañete Quesada**

La vida de María Bernaldo de Quirós Villanueva, conocida como Lily de Cassá, es uno de los pocos testimonios que quedan sobre los refugiados de la guerra civil española afincados en la República Dominicana. Abandonó su tierra en la adolescencia, y tras unos meses en Francia logró radicarse en Santo Domingo, donde vive desde entonces. Aun habiendo permanecido seis décadas fuera de su país natal, Lily de Cassá no ha abandonado sus memorias de la infancia. Nacida cerca del Paseo madrileño de la Castellana, sus raíces se reconocen tanto en la forma de hablar como en su actual residencia, construida con ladrillo y cal, y decorada con baldosas y piezas de cerámica. Desde el interior de la casa, situada en el área de Gazcue, muy cerca del Palacio Presidencial, luce una gran terraza rodeada de palmas.

Esta entrevista rinde homenaje a una mujer no del todo reconocida por sus acciones revolucionarias como por figuras insignes que la han acompañado a lo largo de su vida<sup>1</sup>. Su padre, Constancio Bernaldo de Quirós y Pérez (1873-1959), catedrático de criminología y discípulo de Francisco Giner de los Ríos, cobró popularidad desde muy joven con *La mala vida en Madrid* (1901), un estudio psico-sociológico sobre la vida capitalina a finales del siglo diecinueve. Fallecido su padre y casada con el abogado dominicano José Cassá Logroño, doña Lily pasó a conocerse como la madre de Roberto Cassá, actual director del Archivo General de la Nación y una de las personalidades más destacadas de la intelectualidad dominicana. A modo de protesta, aunque sonriente, la entrevistada expresa así esta falta de reconocimiento: “Yo

---

<sup>1</sup> Doy las gracias a Rosmina Valdés y Bernardo Vega, quienes me facilitaron esta entrevista con Lily de Cassá. Mi encuentro con doña Lily se llevó a cabo el 19 de mayo del 2007 en el domicilio de la entrevistada. También agradezco a Penn State University el haberme concedido una beca de investigación para cubrir los gastos del viaje.

antes era la hija de don Constancio, y ahora soy la madre de don Roberto. Y cuando me dicen esto...”.

Hoy, a sus ochenta y cuatro años, Lily de Cassá revive uno de los episodios más relevantes de la historia de España. Tras huir de Valsain, Segovia, donde le sorprende la guerra, es hospedada en un vecindario de Sitges. Allí coincide con la familia de Enrique Líster Forján, uno de los líderes más respetados del Ejército Popular de la República. También narra su experiencia en un hospicio para dementes situado en Fumel (Francia); la emigración hacia América en el transatlántico De La Salle; sus vivencias en una colonia agrícola situada en San Francisco de Macorís (República Dominicana); y la llegada a la capital.

Este testimonio resulta de gran valor para los estudiosos del exilio republicano en América Latina interesados en analizar tanto los trastornos medio-ambientales que provocaron el encuentro americano, como los mecanismos de adaptación de quienes huyeron del viejo continente. Pero además, es interesante observar la manera en que los españoles afincados en la República Dominicana lograron sobrellevar situaciones adversas de tipo político y económico, desarrollando una serie de destrezas inimaginables fuera del contexto bélico en Europa. La falta de recursos y la urgencia de sobrevivir en una dictadura de igual envergadura a la del régimen franquista —como lo fue la del General Rafael L. Trujillo—, fomentaron el despliegue de nuevas facetas artísticas de un gran número de los exiliados allí presentes.

La información que Lily de Cassá proporciona sobre los protagonistas del exilio, hasta el momento desconocida o poco divulgada, refleja el acercamiento de los españoles al modo de vida dominicano, y viceversa, esto es, la manera en que el pueblo dominicano incorporó ciertos hábitos de los españoles recién llegados. Así, entre las anécdotas más notorias figura la de un refugiado español que se ganaba la vida como paletero, dejando en el país la tradición de dicho oficio; la dedicada labor de un médico anarquista, el Dr. Vallina, que atendía desinteresadamente a los enfermos de la colonia agrícola de Dajabón; y el repatriado Ulpiano Díaz, fusilado por las autoridades franquistas tras su retorno a España. Éstos y otros datos que doña Lily revela en la presente entrevista no siempre figuran en las *Memorias* del exiliado Vicente Llorens, obra que a pesar de haberse publicado hace más de treinta años, es hasta hoy el testimonio más completo referente al tema<sup>2</sup>.

Pero además, a diferencia de Llorens, que como la mayoría de los allí refugiados cambió de residencia en pocos años, Lily de Cassá echó raíces en Santo Domingo y mantuvo a través de los años una estrecha relación con personalidades destacadas de la cultura dominicana. Quienes se interesen en las relaciones interculturales entre España y las Antillas hallarán en la última parte de la entrevista anécdotas interesantes sobre Juan Bosch, Aída Cartagena de Portalatín, Pedro Mir, y otras figuras dominicanas que la entrevistada conoció, así como ciertos eventos sociales que ésta brindó con su presencia sin olvidar los ideales políticos que la arrastraron hacia exilio.

Incluso hoy día, Lily de Cassá se hace llamar “refugiada política” por mantener muy presentes los principios de libertad y justicia que encarnaba la República española. Confiesa que a pesar de la amarga derrota de la guerra civil, ha podido saborear a lo largo de su vida los triunfos libertarios de su otra patria, la República aunque sin Do-

<sup>2</sup> Véase *Memorias de una emigración: Santo Domingo (1939-1945)*, Barcelona, Ariel: 1975.

minicana, ante la caída de Trujillo y la Revolución de 1965. Activista política, aunque sin estar afiliada a algún partido, doña Lily participó en reuniones clandestinas durante el régimen trujillista y, tras la muerte del dictador, en la Fundación de Mujeres Dominicanas. Para ella, España y la República Dominicana “van de la mano”.

\* \* \*

C.C.: Quedan muy pocos refugiados que hayan permanecido en la República Dominicana desde la guerra. Usted y doña María [Ugarte]<sup>3</sup> son los únicos testimonios que he podido recoger.

L.C.: Pues sí, soy de las últimas supervivientes. María [Ugarte] también, pero ella me lleva casi diez años. Ella tiene noventa y tres años y yo acabo de cumplir ochenta y cuatro.

C.C.: ¿Cómo se encuentra de salud?

L.C.: Bueno, tengo mal la vista. Perdí la mácula, y la ONCE [Organización Nacional de Ciegos de España] me enviaba los libros. Mis nietas estudiaron allá y me venía muy bien porque me enviaban los catálogos. Pero después de que mis nietas vinieron ha sido un desastre. Ya me he desconectado. Pero ahora tengo otra nieta que está estudiando en España, así que espero poder volver a leer.

C.C.: ¿Usted trabajaba de joven?

L.C.: Sí, siempre he trabajado. Soy de la promoción de los cursos para técnico bibliotecario que dictó para el país María [Ugarte]. Pero yo no pude trabajar en esa época, aunque fui de las diez mejores que salimos de la promoción, porque era española. Franco tenía relaciones rotas con los exiliados españoles y además Trujillo mantenía las leyes de trabajo para los inmigrantes. Así que si eras extranjera y no tenías una carrera técnica calificada Trujillo no permitía que trabajáramos, y no pude trabajar.

C.C.: Quiere decir que no llegó a este país con un título de España y por eso no pudo trabajar.

L.C.: Claro, yo salí de España a los catorce años.

C.C.: ¿Dónde vivía?

L.C.: En Madrid, Lagasca 99, cerca de la Castellana. Allí nací yo. Y cuando tenía seis o siete años nos mudamos a la calle Caracas en Chamberí, cerca de Santa Engracia. Mi padre trabajaba en el Ministerio de Trabajo.

C.C.: ¿Se encontraba usted en Madrid cuando estalló la guerra?

L.C.: No, no. A mí me cogió en la zona franquista con Juan, uno de mis hermanos. Y nos escapamos juntos. Recuerdo que Juan me dijo, “vámonos tú y yo de veraneo, a una casita que alquilan”, que era donde veraneábamos todos los años. Y ahí nos cogió la guerra. Entonces a mi hermano, junto a otros muchos más, se lo llevaron al cementerio para fusilarlo. Pero cuando ya estaban formados, había entre el

---

<sup>3</sup> Nacida en Segovia en 1914, María Ugarte llega en 1940 a la República Dominicana desde Francia huyendo de la guerra civil. En 1935 se licenció en Ciencias Históricas por la Universidad Central de Madrid y enseñó allí varios años antes de exiliarse. Una vez establecida en Santo Domingo, Ugarte se destacó por su labor como periodista trabajando en el diario *El Caribe*. En el año 2006 recibió el Premio Nacional de Literatura Dominicana.

pelotón una pareja recién casada que era del pueblo, y la mujer se echó a llorar. Entonces en ese lío lograron escaparse. Mi hermano de una vez se fue a las montañas con la gente del pueblo, a un pueblecito de la sierra. Yo me quedé con la familia que nos tenía alquilada la casita, que eran también republicanos. Pero como donde estábamos era peligroso porque la casa estaba un poco apartada, nos fuimos al pueblo. Y allí me quedé con esta familia.

CC.: ¿Cuántos hermanos eran?

L.C.: Nosotros éramos seis hermanos. El mayor era Juan, y después venían Stancio; Isabel, que se fue a México seis o siete años después de acabar la guerra; Julia, que se fue a Moscú a incorporarse con su marido Luis Balaguer; y Clara, esposa de Ernesto Cabezas, que de España se fue primero a Portugal.

C.C.: ¿Cómo se llamaba el pueblo donde se quedó?

L.C.: Ese pueblecito estaba en Segovia, Valsaín. Al lado de La Granja. Allí donde nos quedamos pasaban muchos camiones, y nosotros no sabíamos de qué bando eran.

C.C.: ¿Y por el uniforme?

L.C.: No, no se notaba porque los había de un lado y de otro. Imagínese usted, los principios de una guerra civil son terribles. Entonces empezaron a bombardear, y cuando los aviones empezaron a tirar bombas nos dimos cuenta de que eran fascistas. Todo el pueblo cerró las puertas porque era un pueblo republicano y nos metimos debajo de las camas. Recuerdo que nos tocaban en la puerta, diciendo: “¡obreros, obreros, abridnos que somos tus amigos!”. Allí llevaban de rehén al hijo de un político español, [Francisco] Largo Caballero. Pero claro, nadie le vio. Luego se supo quién era porque lo dijeron. Y como te dije, yo me quedé con esta familia menos el marido, que se había ido también a las montañas. Entonces un día bajaron y me dejaron un mandado. Mi hermano me pidió que al otro día saliera sin nada en las manos, vestida corriente como yo iba a bañarme al río, pero que me esperaba debajo del puente del Arganzolero. Y que fuera primero a buscar al cuñado de mi hermana Clara, Adolfo Cabezas, que también veraneaban allá y había estado en el cementerio para ser fusilado. Entonces yo fui a donde él y le dije: “Adolfo, Juan me mandó a decir que tú y yo nos vayamos con él”. Pero este muchacho, no quiso ir a la montaña porque él no quiso dejar a sus hermanas mayores solas. Las muchachas cuando se enteraron se echaron a llorar diciendo que no iba a pasar nada, que los franquistas no iban a hacer nada. Se quedó finalmente y lo fusilaron. Yo después de hablar con él, bajé las escaleras y me fui. Entonces cuando llegué mi hermano salió de debajo del puente y me dijo: “¡baja, baja!”.

C.C.: Su hermano le salvó prácticamente la vida.

L.C.: Bueno, a mí no me hubieran hecho nada porque yo era una niña de catorce años.

C.C.: ¿Quiere decir que se hacían excepciones con niños y mujeres?

L.C.: Bueno depende. Cuando entraban los moros no.

C.C.: ¿Se refiere al ejército marroquí de Franco?

L.C.: Exactamente. Era la guardia de él, yo le tenía terror a los moros.

C.C.: ¿Qué pasó después?

L.C.: Logré atravesar con mi hermano el monte y nos unimos a los republicanos. Me acuerdo que por el camino después de mucho andar oímos un arroyito y nos tiramos a beber agua, y por fin llegamos. Mi hermano cuando oía un vehículo

sacaba un poco la cabeza pero no nos atrevíamos a salir, hasta que ya vimos uno que era de los nuestros.

C.C.: ¿Cómo sabían que eran de los suyos?

L.C.: Porque iban mujeres vestidas de milicianas y todos sacaban el puño. Fue entonces cuando salimos a la carretera y nos llevaron a Rascafría.

C.C.: ¿Qué es Rascafría?

L.C.: Era una parte de la montaña localizada en El Paular, en Segovia. Era un pabellón de caza de los reyes. Es un sitio precioso en España, El Paular. Y allá a mi hermano lo llevaron donde el comandante y les dijo quién era. Entonces le dijeron a mi hermano: “Mire, a ustedes los están buscando por radio el Ministro de Defensa de Madrid, que era republicano, el general [Sebastián] Pozas [Pereal]”. Porque como sabes, mi padre era un intelectual español<sup>4</sup>.

C.C.: ¿Estaba su padre afiliado al partido?

L.C.: Bueno, mi padre nunca luchó, pero era amigo de [Manuel] Azaña, de [Francisco] Largo Caballero, de [Julián] Besteiro, de Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista Español, y de toda la gente de la República. Así que aunque no tuviera afiliación ni nunca se señalara, se sabía que en el fondo era socialista y que su postura era de izquierdas.

C.C.: Su padre se ganó el respeto de los líderes de izquierdas con sus escritos.

L.C.: Imagínese, yo me pasé el resto de la guerra nada más y nada menos que con [Enrique] Líster, el comandante de los comunistas de las fuerzas de choque. Él vivía muy cerca del chalet donde nos refugiábamos en Sitges y nos solíamos juntar. Como ellos tenían trincheras en su casa llegamos a quedarnos algunas noches allí con ellos, antes de salir para Francia.

C.C.: ¿Fue la última vez que lo vio?

L.C.: No, fíjate que después de muchos años, una de las veces que fuimos a España, creo que fue en el 78 más o menos, cerraron el aeropuerto porque habían atentado contra un general español. Y entonces retrasaron el vuelo de París a Madrid, y a mi marido y a mí nos sentaron en una mesa. Allí en París vi a Líster y a Carmencita, la mujer. Y él al verme gritó: “¡Pero si es Lily sin las trenzas!”.

C.C.: ¿Cómo lograron salir de España?

L.C.: Bueno, desde Sitges recogimos a mis padres y ya empezamos la huida hacia la frontera. El éxodo hacia la frontera era una hilera interminable de gente en carreta, en automóviles, en burro, en todos los medios. Incluso había gente que caminaba la carretera a pie, empujando los carritos de niños y con las pocas pertenencias que se pudieron llevar.

C.C.: ¿Qué apoyo internacional tuvieron?

L.C.: A los republicanos no nos dejaban pasar ninguna clase de ayuda por la frontera. Desde Rusia nos enviaban algunas latas de comida o leche, pero muy poca. Ya muy avanzada la guerra es que nos llega por fin la ayuda de la Brigada Internacional, compuesta por hombres y mujeres rusos, mexicanos, cubanos, la mayoría gente joven progresista que ayudaron a los españoles a luchar en contra del fascismo. Pasamos muchas penalidades hasta que llegamos a Francia. Dormíamos en el suelo.

<sup>4</sup> Para más información sobre Constancio Bernaldo de Quirós, véase LLORENS, V., *op. cit.*, pp. 172-173.

Recuerdo que llegamos a comer varias veces gracias a la Cruz Roja, que nos daba comida en algunos pueblos. Pero no teníamos ni platos ni cucharas. Buscábamos una lata tirada que hubiera abierta, la lavábamos en una fuente y nos poníamos en la cola para que nos regalaran una especie de sopa.

C.C.: ¿Se acuerda del campo de concentración francés al que fueron a parar?

L.C.: Perfectamente. Yo tengo una buena memoria, me acuerdo de los detalles menores.

C.C.: ¿Habían judíos en ese campo de concentración?

L.C.: No, estaban en otra parte, porque aunque ya estábamos en la Segunda Guerra Mundial nosotros no estábamos en los campos de concentración de exterminios. Eso era sobre todo en Alemania.

C.C.: ¿Cómo llegaron allí?

L.C.: Le cuento. Los guardias senegaleses, los gendarmes de las colonias, separaban en la frontera a los españoles y los distribuían por toda Francia. Los senegaleses eran lo peor que tenía Francia en el ejército, unos negros corpulentos y grandes que no hablaban una palabra de español. Todo lo que llevábamos que a ellos les interesaban nos lo quitaban: una pluma estilográfica, una cámara, cualquier cosa. Nos hicieron dejar el automóvil y las maletas allí. Entonces a mi madre con dos nueras y a sus niños de apenas unos meses los separaron por un lado. A mi padre por otro y a mí por otro. Y yo me quedé sola en medio de un campo nevado completamente.

C.C.: ¿Por qué los separaban?

L.C.: Porque lo hacían así. Los senegaleses iban echando para los lados a unos y a otros. Entonces yo me quedé allí sola aquella noche, y busqué mucho a mi padre. Pero como la gente estaba arremolinada alrededor de una fogata, arrastré una maleta que no sé de quién era, y me acosté allí. Allí pasé la noche acurrucada. Entonces luego por fin encontré a mi padre.

C.C.: ¿Dónde?

L.C.: En ese mismo campo. Los senegaleses volvieron y nos llevaron a la estación a coger unos vagones de carga. Vi a mi padre y le llamé: “¡papá, papá, papá!”.

C.C.: Entonces los separaron pero se encontraban en el mismo campo.

L.C.: Sí, pero imagínese usted, éramos millares de españoles.

C.C.: ¿Cuándo logró reencontrarse con el resto de su familia?

L.C.: El mismo día de encontrar a mi padre. Cuando nos estaban montando en el andén del tren divisé a mi madre de lejos. Entonces yo le dije a papá: “quédate ahí que yo voy a llamarles, que están allí”. Y recuerdo siempre que mi padre y mi madre cuando se vieron no atendieron ni a los hijos. Fueron ellos dos que se abrazaron primero. Entonces ya nos metieron a todos en un mismo vagón.

C.C.: ¿Y los demás?

L.C.: Mi hermana Julia y mi cuñada Carmen estaban allí también. Ellas, mi mamá y dos nietos (un hijo de Juan y otro de Julia) habían pasado la noche en una leñera porque unos franceses les habían dejado entrar.

C.C.: ¿En el mismo campo?

L.C.: Sí. Todo estaba en un solo campo cercado. De ahí a todos los civiles nos llevaban a distintos refugios. A nosotros nos instalaron en un convento de monjas

que estaba en Fumel. Era un asilo para dementes. Imagínese lo que fue aquello. Había una sala muy grande para mujeres, y otra sala para hombres.

C.C.: Entonces en ese convento no estaban sus hermanos varones.

L.C.: No, porque mis hermanos habían pasado con el ejército y todos ellos estaban en la lucha. A ellos los llevaron a los campos de Argelès sur Mer y Saint Cyprien.

C.C.: ¿Sus hermanos eran todos republicanos?

L.C.: Todos éramos “rojos”, como nos decían.

C.C.: ¿Cuánto tiempo estuvo usted en el asilo?

L.C.: Bueno, el asilo lo dejamos como a los cinco meses, porque los intelectuales americanos cuando supieron que mi padre estaba allá nos mandaron dinero. Entonces pudimos sacar un permiso para irnos a vivir a Narbonne. Desde allí pudimos sacar a mis hermanos de los otros campos de concentración, pero con mucho trabajo. Ellos se fueron a vivir a un albergue que tenían los ingleses para refugiados españoles y ahí se juntaron con sus mujeres y sus hijos que habían venido con nosotros. Mi cuñado Luis ya se había ido a la Unión Soviética, y poco después mi hermana se fue con él.

C.C.: En total, ¿cuánto tiempo estuvieron en Francia?

L.C.: Alrededor de un año.

C.C.: En ese tiempo supongo que aprendería francés.

L.C.: Yo ya sabía francés porque yo me eduqué en el liceo francés de Madrid.

C.C.: ¿Qué recuerda de aquel año en Francia?

L.C.: Pues recuerdo que nos llevaban a trabajar al campo. A mí me llevaron primero a cortar heno en el convento con los locos y las guadañas, y nosotras íbamos detrás. Y las monjas también circulaban entre ellos [sonríe].

C.C.: ¿Quiénes iban?

L.C.: Nos llevaron sólo a los jóvenes. A mi cuñada no la llevaron porque tenía una niña de meses. A mi hermana Julia tampoco la llevaron porque tenía también un niño, que por cierto estuvo aquí hace poco. Ya tiene setenta años. Y a mi cuñada, la esposa de Constancio, a esa la llevaron conmigo a trabajar al campo, pero no resistió. Se fajaba a llorar y no había manera. No dio golpe.

C.C.: Usted es una mujer muy fuerte.

L.C.: Sí, eso parece. Siempre fui muy delgadita, pero me he mantenido muy bien. Usted sabe que antes las mujeres no usábamos tanto pantalón. Y para la vendimia no tenía pantalones, ni dinero para comprarlo. Esto ocurrió ya cuando estábamos viviendo en Narbonne. Un muchacho que estaba casado me prestó unos pantalones.

C.C.: ¿Francés?

L.C.: No, los franceses no nos trataron bien. Era un español refugiado. Se llamaba Ulpiano Díaz.

C.C.: Pero el gobierno francés apoyaba a la República.

L.C.: A la fuerza. Porque éramos frontera y nos tenían que coger. Pero no nos trataron bien... Entonces yo me corté los pantalones con las tijeras y me fui a la vendimia. Dormíamos en el suelo con paja. Recuerdo que era octubre, ¡y hacía un frío...! Pero nos levantábamos, nos lavábamos un poco la cara en una bomba de un pozo manual, y a trabajar.

C.C.: ¿Qué ayuda recibieron de Francia?

L.C.: Pues ayuda ninguna. Como le dije, a nosotros nos alimentaban los intelectuales americanos que le mandaban un cheque todos los meses a mi padre. Además nosotros estábamos como refugiados, no podíamos trabajar. Pero cuando se declaró allí la guerra la situación se puso más agresiva. Las mujeres francesas se quejaban de que mientras sus maridos tenían que luchar los refugiados vivíamos pacíficamente allá. Así que los ayuntamientos nos llevaron a trabajar al campo porque se les estaban pasando las cosechas.

C.C.: ¿Incluidos niños y mujeres?

L.C.: Mire, cuando se quejan los españoles de no haber recibido ayuda aquí en la República Dominicana, yo digo, “¡pero estos no se acuerdan de cómo estuvieron los refugiados en Francia! ¡Esa sí que fue esclavitud, la manera en que nos tuvieron a nosotros allá!”. Nos pagaban por trabajar creo que sesenta francos y tres litros de vino. Los vinos se los vendíamos a ellos mismos, porque imagínese, yo era una jovencita de catorce años, ¡quién se iba a beber el litro de vino! [sonreímos]. Entonces yo corté esos pantalones y me puse a trabajar. Cuando terminó el mes que estuve allá trabajando, regresé a Narbonne y me los quitó. ¡Y del zumo de la uva se quedaban paraditos! Ese pobre muchacho regresó a España y lo fusilaron. Montó aquí una fábrica de helado en palitos.

C.C.: ¿En la República Dominicana?

L.C.: Sí, y la mujer montó una escuelita que enseñaba a tejer. Ya le digo que los españoles hacíamos de todo.

C.C.: ¿Por qué regresó a España?

L.C.: Porque tenía una hermana monja, y la hermana le empezó a decir: “vuelve, que no te va a pasar nada”.

C.C.: ¿En qué año lo fusilaron?

L.C.: Pues yo me casé en el 45, así que debió ser en el 42 o en el 43. Pero cuando yo le devolví los pantalones cortados él me dijo, “¡pero muchacha, qué me has hecho!” [sonreímos].

C.C.: ¿En qué barco se fue usted hacia América?

L.C.: Según mi carnet de emigración yo llegué en el penúltimo viaje del barco de De La Salle, el 23 de febrero de 1940.

C.C.: ¿Coincidió con [Eugenio F.] Granell?

L.C.: No, en el barco no, pero yo conocí mucho a los Granell. Éramos muy amigos. Amparo, su mujer, fue la que me hizo toda la ropa para casarme. Ella cosía para ganarse la vida.

C.C.: Parece que ellos hacían de todo para sobrevivir. Vicente Llorens comenta que además de ser músico, pintor, escultor, escritor, llegó incluso a montar una tienda de juguetes<sup>5</sup>.

L.C.: Bueno, eso lo hizo sólo un año en época de Reyes, pero sí es cierto que vivíamos de milagro.

C.C.: ¿Cuáles eran las ocupaciones más frecuentes de los refugiados?

<sup>5</sup> *Alquilaban por cinco pesos al mes, que no habían de pagar por adelantado, una minúscula tienda en la calle del Conde. Y durante varias semanas se pusieron a trabajar con abinco, poniendo a contribución cada uno sus mejores habilidades, la manual de Amparo y la imaginativa de Eugenio (Cfr. LLORENS, op. cit., pp. 40-41).*

L.C.: Hacíamos de todo. Todos aquí inventaron muchos trabajos porque había que vivir. Entre ellos el del oficio de “paletero”, que es el hombre que se para con una bandeja colgada del cuello con una cinta gruesa, y que vende cigarrillos, fósforos, caramelos, chocolates, etc. Un miembro del Partido Socialista Popular escribió un artículo sobre un español republicano que fue el primero en inventar ese oficio aquí, y llegó a convertirse en una figura muy particular de la calle El Conde<sup>6</sup>. Se hicieron muchos negocios para poder sobrevivir. Por ejemplo, la esposa del señor [Clemente] Calzada tejía unos zapatos muy bonitos a ganchillo y él aprendió el oficio de zapatero. Vendía los zapatos casa por casa y también arreglaba suelas. Vinieron fotógrafos que pusieron estudios de fotografía. Las mujeres bordaban y tejían, se crearon escuelas de manualidades para enseñar a coser y bordar. Guillermina [Medrano de Supervía] creó el Instituto-Escuela en donde trabajan maestros españoles y se enseñaba muy acorde con la Institución Libre de Enseñanza iniciada por [Francisco] Giner de los Ríos<sup>7</sup>. Fue el primer colegio aquí particular bueno que surgió y hoy día todavía existe. ¿Qué más cosas?

C.C.: ¿La Orquesta Sinfónica Nacional?

L.C.: Exacto, la Sinfónica con Enrique Casals Chapí, que era muy querido aquí. Granell empezó como músico allí, y después trabajó en la Escuela Nacional de Bellas Artes junto a otros como [José] Gausachs. Allí recuerdo que trabajaron también refugiados judíos, entre ellos [George] Hausdorf, que era muy buen pintor. Pintaba con paleta y tenía una técnica propia que le daba relieve a sus pinturas.

C.C.: Tengo entendido que Trujillo acogió también a un gran número de refugiados judíos.

L.C.: Sí, aquí vinieron muchos y fundaron en Sosúa una empresa ganadera. Fueron los primeros que hacían mantequilla y quesos. Ellos trabajaron muy bien aquí, igual que los españoles. Ahora recuerdo a [José] Vela Zanetti, que era muy reconocido también, dejó aquí muchas obras de pintura. ¡Es que hubo tantos españoles! Recuerdo también a Felipe Guerra, que aunque era abogado creó el primer mapa de curvas lineales en la República Dominicana. El ingeniero español Ricardo Roca lo preparó a él y al escultor Antonio Prats Ventós, que para entonces era muy jovencito, para que trabajaran como delineantes en la Seaboard, la compañía petrolífera americana. Había que hacer de todo, ya le digo.

C.C.: ¿Cómo le surgió a su padre la idea de embarcar hacia la República Dominicana?

L.C.: Fue mi hermano Juan el que desde París gestionó el venimos.

C.C.: ¿Quiénes de su familia lograron cruzar el Atlántico?

L.C.: Prácticamente toda mi familia. Mi madre, mi padre, mi hermano Juan y mi hermano Constancio, ambos con sus esposas, y yo. Constancio y su esposa Emilia estuvieron muy poco tiempo. Siguieron para México donde estaban los padres de

<sup>6</sup> Véase “El hombre que inventó la paleta”. En JUAN DUCOUDRAY, *Crónicas para desandar la ruta*, Santo Domingo, Taller: 1994, pp. 11-15. Agradezco a Constancio Cassá el envío de éste y otros textos relacionados con el tema.

<sup>7</sup> Para más información véase el testimonio de Guillermina Medrano, “Mi exilio en la República Dominicana: Una obra educativa y varias mujeres ejemplares”. En: ALBERT ROBATTO, M.: *Cincuenta años de exilio español en Puerto Rico y el Caribe, 1939-1989: Memorias del Congreso Conmemorativo celebrado en San Juan de Puerto Rico*, A Coruña, Edicions do Castro: 1991, pp. 345-355.

ella. Mi hermana Julia ya se había ido a la Unión Soviética, porque mi cuñado Luis Balaguer, el comandante de Líster, perdió una pierna en la batalla del Ebro. Y entonces con la suciedad de los campos de concentración le salieron unos forúnculos enormes y se tuvo que ir de allí. Como ya le dije, mi hermana Julia se reunió con él más tarde.

C.C.: ¿Qué edad tenía su hermana?

L.C.: Diez más que yo. Ella tiene noventa y cuatro años, los cumplió ahora. Viven los dos en Madrid desde que murió Franco.

C.C.: ¿En qué condiciones viajaron hacia América?

L.C.: Veníamos no en camarote, sino en la bodega del barco. La vaciaron y pusieron tablas de madera en posición horizontal y vertical, unos bastidores, unos colchoncitos y unas frazadas. Y en otra parte de la bodega, había unas mesas hechas con unos caballetes de madera donde nos servían la comida. Había miles de españoles allí.

C.C.: ¿Quiénes viajaban en camarote?

L.C.: Los franceses y los cubanos que venían de regreso, al perder en la guerra civil española. Ellos venían en camarote porque podían pagar, pero nosotros veníamos financiados por el SERE [Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles] y la JARE [Junta de Ayuda a los Refugiados Españoles].

C.C.: ¿Recuerda a alguien en particular?

L.C.: Yo sólo conocí a un poeta cubano que se llamaba Pita<sup>8</sup>. Ese a pesar de que venía en camarote se pasaba los días con nosotros en la cubierta hablando, porque era comunista.

C.C.: ¿No es cierto que el gobierno dominicano recibía del SERE una cierta cantidad para refugiarlos allí?<sup>9</sup>

L.C.: El yerno de Trujillo, [Porfirio] Rubirosa, casado con su hija Flor de Oro, se hizo rico con eso. Por cada español que venía para Santo Domingo este señor recibía cinco dólares.

C.C.: En su opinión, ¿cuál fue la verdadera razón por la que Trujillo aceptó a estos refugiados de ideología contraria al régimen?

L.C.: Su afán era blanquear la raza, y además al que movía un dedo se lo quitaba de en medio así que a él nunca le preocupó que fuéramos comunistas. Tenía un equipo de espionaje muy bueno. Pero yo de una vez me acerqué a los muchachos jóvenes y empecé con la lucha.

C.C.: ¿Sabían ustedes antes de llegar el ambiente político que se iban a encontrar?

L.C.: Mi padre sabía más o menos lo que eran estas islas, lo que eran las Antillas

<sup>8</sup> Es probable que aquel poeta cubano fuera Félix Pita Rodríguez, quien para entonces se encontraba en Francia y regresó a Cuba a comienzos de 1940. El barco en el que el poeta viajó hizo escala primero en la República Dominicana y después prosiguió su itinerario hacia La Habana, su destino final. Agradezco a Jorge Domingo Cuadriello, investigador del Instituto de Lingüística y Literatura en La Habana, el haberme favorecido estos datos.

<sup>9</sup> Según CONSUELO NARANJO OROVIO, *A través de los acuerdos de la República Dominicana y el SERE, este organismo se encargó del transporte de los refugiados a la isla y de la dotación de una pequeña cantidad a cada uno de ellos para su supervivencia* (523); para más información sobre las asociaciones españolas y extranjeras encargadas de acomodar a los refugiados españoles me remito a su estudio "Transtrerados españoles en las Antillas: un acercamiento a su vida cotidiana", *Anuario de Estudios Americanos* 44 (1987), pp. 521-548.

Mayores y Menores. Pero yo me acuerdo que en Francia nos llevaba la leche un español, y mamá le dijo un día que no nos trajera más leche porque nos íbamos a América. Y el español era un gallego que había estado en Santo Domingo, y nos dijo: “¡ay, ustedes no saben dónde van! Allí vuelan las cucarachas, y hay unos bichitos que se llaman niguas que le agarran a uno los pies”. Y a mí poco después de llegar a Santo Domingo me agarró una nigua... , era como si te clavaran una aguja en el pie.

C.C.: ¿Cómo logró sanarse?

L.C.: Bueno, le echaban a uno petróleo con una jeringuilla entre la uña y el dedo, en la galería que había hecho la nigua. Con otras enfermedades como el paludismo ibas a la farmacia y te comprabas unas cápsulas de quinina que vendían.

C.C.: [Jesús de] Galíndez confiesa que no tenía ni idea de lo que se iba a encontrar en la República Dominicana, pero que prefería distinguirse de “la masa innominada” de exiliados que viajaron a México<sup>10</sup>. ¿Ustedes habían oído hablar de Trujillo?

L.C.: Sí claro que sabíamos quien gobernaba, pero “al charco o al agua”, no había otro remedio. El único modo que había de salvarse era venir a América.

C.C.: Teniendo en cuenta las buenas relaciones entre los dos caudillos, ¿nunca temió que Trujillo los deportara de nuevo?

L.C.: Yo creo que nunca lo pensamos. Son momentos que lo único que tienes es que vivir. Nosotros en un principio queríamos resistir en España, porque teníamos un hermano que decía que se iba a luchar nuevamente en Madrid.

C.C.: Tenía aún esperanzas.

L.C.: Sí, pero ya vimos que no, que era inútil y que había que salir de allí. Pero a Trujillo no le importó recibirnos, porque él ni sabía la afiliación, ni si eran intelectuales, ni si eran obreros, ni si eran campesinos. Mi padre vino como sastre. A mis hermanas y a mí nos pusieron la ocupación de modistas.

C.C.: ¿Recuerda sus primeros días en la República Dominicana?

L.C.: Sí claro. Recuerdo que cuando nosotros llegamos a Puerto Plata desde Burdeos, que fue donde embarcamos, se nos cayó el alma a los pies. ¡Aquel panorama! El mar lleno de muchachitos oscuros desnudos bañándose [sonríe]. Yo no soy racista, pero cuando los vimos en cuerecitos y ya grandecitos todos, dijimos, “¡ay, Dios mío!, adónde hemos llegado”. Pero, ni modo, había que bajar.

C.C.: ¿Era tanta la diferencia?

L.C.: Pero imagínese usted, venir de Europa y bajar a un sitio así. En aquella época el muelle de Puerto Plata era de madera. Entonces subieron los inspectores de emigración (ahí sí era por familias, no nos separaban como los senegaleses) y empezaron a nombrarnos. Nos ordenaban bajar a todos sin ver si eran intelectuales o no.

C.C.: ¿Quiénes desembarcaron con usted?

<sup>10</sup> *La mayoría de nuestros refugiados se dirigían a México; pero yo tenía tan sólo 24 años, me sobraban ilusiones, y me resistía a ser uno más de la masa innominada. Necesitaba un país pequeño a donde nadie fuera, sólo así tendría oportunidades de abrirme paso en el Nuevo Mundo. [...] Confieso que cuando solicité el visado para la República Dominicana ni tan siquiera pensé en quién sería su presidente, yo tan sólo pensaba en forjarme una nueva vida. Mi primer conocimiento del ‘generalísimo’ Rafael L. Trujillo Molina tuvo lugar accidentalmente en aquel consulado dominicano de Burdeos.* En: GALINDEZ, J.: “Un reportaje sobre Santo Domingo”, *Cuadernos Americanos* 80 (1955), pp. 37, 38-39.

L.C.: Mi cuñada la esposa de Juan y su hija, mi hermana Julia, mamá, papá, y yo. Mis otros hermanos y mi otra cuñada estaban en Francia. Nos subieron a unos camiones de pie, pero no sabíamos a qué rumbo. En Francia, al llegar a Fumel, también nos ponían en camiones con paja y en las estaciones la Cruz Roja nos daba de comer. Hay una teoría entre los españoles que dice que los comunistas se robaron el dinero y el oro del tesoro. Siempre ha habido esa versión, pero yo no lo creo, porque mi cuñado, el que era la mano derecha de Lister, salió igual que nosotros. Sin un centavo, sin nada.

C.C.: Pero supongo que muchos de los que huyeron a Francia lograron acomodarse.

L.C.: Mire, el que traía un poquito de dinero español, Franco inmediatamente anulaba todas las emisiones de billete. Y como sabíamos que ya no tenía valor, los refugiados se hacían hogueras en el campo de concentración para calentarse, y encendían los cigarrillos utilizando los billetes de papeletas. Pero sí es cierto que hubo algunos que vinieron directamente a Francia, cogieron hoteles y vivían perfectamente.

C.C.: ¿Quiénes?

L.C.: Yo creo, aunque no puedo asegurarlo, que la mayoría de ellos eran de la CNT, [Comisión Nacional de Trabajadores], los anarquistas. Ahora nosotros salimos sin un centavo, y no sabíamos a dónde íbamos, ni en Francia ni aquí.

C.C.: ¿Dónde les llevaron una vez llegaron a Puerto Plata?

L.C.: Pues nos metieron en camiones y nos llevaron a San Francisco de Macorís.

C.C.: ¿Una colonia agrícola?

L.C.: Sí, San Francisco de Macorís sufría por aquel entonces una sequía tremenda. Nos llevaron a una granja que se llamaba Generalísimo Trujillo, en el Cibao. Pero era una granja en donde no había nada. Había una puerta que decía “Generalísimo”. Y cuando llegamos nos asignaron a cada familia un bohío techado de cana y con piso [suelo] de tierra. Nos daban a cada uno una “colombina”, que eran unas camas de madera que usaban en aquella época los pobres. Una colchoneta, dos sabanitas y un mosquitero. Eso era todo lo que nos daban. Comíamos en el piso al aire libre porque no teníamos ni sillas.

C.C.: ¿De qué se alimentaban?

L.C.: Una señora nos daba de comer cosas que jamás en la vida habíamos visto. Recuerdo que para el primer desayuno nos dieron un pan con un chocolate. Y aquel pan, como era pan de agua muy liviano, vino una brisa y se voló. Me acuerdo que mi padre dijo: “¡Bendito sea Dios! A mis setenta y qué se yo cuantos años veo un pan volando”. Imagínese usted.

C.C.: ¿Tenían contacto con los dominicanos que vivían por allá?

L.C.: Sí, con la gente progresista de San Francisco de Macorís. Una gente buenísima, solidaria. Y no sólo progresistas, la gente del pueblo que vivía por allí también nos venía a ver. Parecíamos un zoológico [sonreímos], porque muchos pasaban por allí a vernos, y la gente más pobrecita que iba descalza nos dejaba un puñadito de algo. Recuerdo que nos miraban, sonreían, y a veces hablábamos con ellos si es que estábamos levantados, porque recuerdo que habíamos cogido todos un paludismo terrible.

C.C.: ¿Supieron por qué?

L.C.: A lo mejor por habernos quedado acostados fuera del mosquitero, por el calor. Y como le cuento, unos nos dejaban un puñadito de maní, otros nos dejaban

un pollito o unas raíces, que nosotros cuando vimos por primera vez aquello, nos preguntábamos, “¿y qué será esto?”. Porque nosotros conocíamos la patata, pero no la yuca. Otros nos dejaban plátanos verdes. Creo que les dábamos pena al vernos así tan flacuchos y con aquellas ropas, de manera que cuando bajábamos al río a lavar esta gente se llevaba nuestra ropa y la traía lavada, planchada y perfectamente almidonada. El pueblo entero se solidarizó con nosotros. Es algo que nunca olvidaré.

C.C.: ¿Fue difícil adaptarse a la nueva dieta?

L.C.: Fue terrible. A mi cuñada Carmen le dieron un aguacate un día, y lo empezó a mondar hasta que se quedó con la semilla y dijo, “¿pero esto qué es?” [sonríe]. Pero también cocinábamos las cosas de España, aunque aquí en aquella época no había coliflor, no había brócoli, nada de eso. Eso llegó luego con las colonias agrícolas experimentales que creó Trujillo por ahí por Constanza. Aquí lo que había era la auyama, que es la calabaza, berenjena, ajíes de esos largos cubanela..., pero cocinábamos y comíamos más o menos. Mamá hacía muchas croquetas.

C.C.: ¿Cómo lograron establecerse en la capital?

L.C.: Un día subió a la colonia Alfredo Conde Pausa y se puso a hablar con nosotros y con papá. A mí no me hacían caso porque yo era una jovencita. Pero don Alfredo había leído las obras de mi padre, y al leerlas vino a Santo Domingo y habló con el rector de la universidad, D. [Julio] Ortega Frier. Él parece que se lo dijo a Trujillo y lo colocaron en la universidad. En este tiempo es cuando papá escribe el cursillo de criminología y derecho penal<sup>11</sup>.

C.C.: ¿Con quiénes llegó a Santo Domingo?

L.C.: Éramos papá, mamá y yo. Mis hermanos y mis cuñadas se quedaron en San Francisco de Macorís. Después los trajimos, pudimos sacarlos de allí. Porque mire, aquí los haitianos se quejan ahora de que esto es esclavista, pero nosotros nos teníamos que mover con papeles. Y tuvimos que sacarles los papeles para que se vinieran a vivir con nosotros a la capital. Yo no tengo nada contra ellos, además tengo un haitiano empleado, Miguel, tiene muchos años con nosotros y tiene su dormitorio y su cuarto de baño con cerámica española [sonríe].

C.C.: La ayuda del SERE, ¿nunca se la dieron?

L.C.: Bueno ahí fue, al abandonar la colonia, que nos empezaron a dar a mis hermanos los cinco dólares cada mes que nos correspondían. No recuerdo exactamente ahora si era la JARE o el SERE. Realmente vivíamos de papá, porque imagínese usted con cinco dólares cada uno.

C.C.: ¿Con quien coincidió en San Francisco de Macorís?

L.C.: A San Francisco nos llevaron juntos con un matrimonio y una hermana, que la gente decía que él había sido cura, pero yo no sé. La hermana se llama Rosario. Se casó con un abogado dominicano conocido de allí, con Tuto Báez.

C.C.: ¿Dónde vive ella?

L.C.: Si no se ha muerto, que creo que no, está viviendo en San Francisco de Macorís. Su marido sí murió ya, ella es la viuda de Tuto Báez. Por estos datos quizás la encuentre.

<sup>11</sup> Llorens menciona el *Curso de criminología y derecho penal* (1940) y *Lecciones de legislación penal comparada* (1944), ambos trabajos a cargo de Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, en *op. cit.*, p. 198.

C.C.: ¿Se acuerda de alguien más?

L.C.: Bueno, allí estaba también Carlos González, que mi padre lo conocía de España porque trabajaba en el Ministerio de Trabajo. Vino con su esposa Aurora Burell. Ellos hicieron un papel muy bueno en San Francisco de Macorís. Fundaron una escuela de enseñanza mercantil. Ella hizo mucha labor política, porque era social-cristiana. Cuando el movimiento contra el trujillato, después que lo asesinaron, Aurora era la que organizaba todas las marchas. Estuvo presa incluso. También queda aquí todavía un militar, Ricardo Domingo, un aviador que trabajó en la guerra con la República. Todavía vive aquí y tiene a su familia instalada en el país. Él es mayor que yo, pero si usted cuando vuelva quiere verle, yo le puedo lograr la entrevista.

C.C.: Y de las demás colonias, ¿recuerda a otros españoles?

L.C.: Hay un caso muy curioso de un médico andaluz que estuvo en la colonia de Dajabón, el doctor Vallina<sup>12</sup>. Él ponía una bandeja y no cobraba, aceptaba lo que le dieran. Uno le dejaba un pollo, otro veinte y cinco centavos, otro habichuelas..., y cuando ya tenía para pasar el día dejaba de cobrar.

C.C.: ¿Era anarquista?

L.C.: Sí, estaba casado con una checoslovaca.

C.C.: ¿Alguien más?

L.C.: Junto a los que ya he mencionado estaban las Matilla. En el Teatro Universitario representaron *La Dama Boba*, recuerdo que actuaban muy bien<sup>13</sup>. En el Club de los españoles también hacían teatro, pero aquello dejó de hacerse porque todos hemos desaparecido.

C.C.: ¿Trabajaban ustedes en la colonia?

L.C.: No. En la colonia nunca trabajamos.

C.C.: Tengo entendido que en otras colonias sí trabajaban.

L.C.: Sí, pero se fueron viniendo todos para acá.

C.C.: ¿Era muy distinta la vida en Santo Domingo a la de España?

L.C.: Bueno, allí se encontraban muchísimos refugiados españoles. Las señoras no iban a los colmados ni al mercado, pero las españolas sí, y eso chocaba mucho entre la gente de aquí. Las muchachas españolas solteras salíamos solas con otros amigos españoles refugiados, y se hacía lo poco que se podía hacer por aquel entonces, porque no había gran cosa. Había un cine, y un local en la calle de El Conde para tomar un helado que se llamaba El Polo Norte, que era de un judío. Eso también lo veían aquí con mucha extrañeza porque las muchachas tenían que salir con una “chaperona” siempre. O sea que los refugiados también influimos en el vivir cotidiano de aquí. Recuerdo también que los que tenían peor posición económica (porque no encontraron

<sup>12</sup> Es probable que se refiera al anarquista sevillano Pedro Vallina Martínez (1879-1970). Sus memorias, publicadas un año después de su muerte, fueron escritas en el exilio mexicano. Véase VALLINA MARTÍNEZ, p., *Mis memorias*, México, Tierra y Libertad: 1968-1971.

<sup>13</sup> Vicente Llorens describe dicha “función de gala” celebrada en la iglesia de San Francisco en el verano de 1940, en la que participaron estudiantes y profesores de la Facultad de Filosofía: *Al éxito de esta representación de aficionados contribuyeron la buena dicción de Trinidad Matilla en su papel de Finea, la distinción de Angelina Aybar, joven dominicana que estaba muy al tono con el culterano refinamiento de Nise, los vestidos diseñados por el malogrado arquitecto Óscar Coll, la luminotecnia de Julito García, los decorados de Vela Zanetti, la música de Casal, [...], en op. cit., p. 125.*

ningún trabajito o algo que les ayudara económicamente), vivían en unas piecitas de madera muy primitivas que se alquilaban en algunos barrios de la ciudad. Y como en estas casas hacía mucho calor se pasaban el día con sus hijos y todo en el parque Colón, a la sombra. Como el dinero no les daba para más comían maní y guineo. Los bancos del parque se llenaban, allí se conversaba. Era un lugar de reunión.

C.C.: ¿Y sus familiares, trabajaron en la capital?

L.C.: Cuando mi padre empezó a trabajar en la universidad vivíamos como podíamos. Yo me ganaba unos pesitos tejiendo mientras estudiaba. Mi hermano Juan que era abogado trabajó de fotomatón en la calle. Hacía las fotografías y nunca nadie se las compraba [sonríe]. Quitando el gobierno y los tenderos españoles, que ya tenían sus industrias en la calle El Conde, la verdad es que no había dónde trabajar. Había un fundidor, Francisco Dorado, que tenía un horno en el parque Colón donde se fundieron varios bustos de Trujillo y de otros dominicanos. Pero se fue a Venezuela. Otros intentaron poner una taberna que se llamaba El Gato Negro, y nada, ¡no entró nadie! Porque ésta era una sociedad muy provinciana. No había adónde ir, no habían restaurantes buenos ni tabernas. La gente de aquí no estaba acostumbrada a cosas de esas, pero ya después de un año y medio más o menos, surge el café restaurant Hollywood. Era de un dominicano, pero los camareros eran profesionales españoles, entre ellos Toni Bernad, que era caricaturista de los periódicos de aquí. O sea que en todas partes aparecían los españoles.

C.C.: ¿Y en las universidades?

L.C.: La universidad con tanta entrada de intelectuales españoles estuvo clasificada como de A. Había profesores en humanidades, en medicina, en ingeniería..., en todas partes había españoles.

C.C.: ¿Y en los pueblos?

L.C.: En el interior también hicieron su aporte. En los pueblos pusieron institutos comerciales, institutos para bachillerato, todos los españoles hicieron una buena labor.

C.C.: Y a pesar de los inconvenientes usted se sentía a gusto en este país.

L.C.: Ah, sí. El dominicano nos ayudó mucho, no fue como en Francia. El pueblo siempre quiso mucho al refugiado español y nos sentimos muy agradecidos por ello. Por eso yo nunca me he sentido extranjera en este país. No nos veían como explotadores, como al español antiguo, que no se le veía en el pueblo con buenos ojos. Sin embargo he de decirle que hay una diferencia entre el refugiado y el emigrante español que vino después a buscar fortuna. ¡Yo tengo unos pleitos terribles con los emigrantes! Yo no voy a la Casa de España, y aun así usted puede ver que yo anhelo mis raíces. Pero no voy allí.

C.C.: ¿Por qué?

L.C.: Porque los que van son españoles que tienen colmados [establecimientos]. Son nuevos ricos y todos son fascistas. Con los únicos españoles que tengo contacto son con los que están en Constanza, porque allí Trujillo trajo más tarde una colonia agrícola, una de españoles y otra japonesa.

C.C.: ¿A mediados de los cincuenta?

L.C.: Eso es, todos ellos eran labradores. Vinieron con su faja, que yo tengo todavía las albarcas y las medias de uno de ellos, que se las quité porque me encanta-

ban. ¡Porque a mí todas esas cosas españolas me encantan! Pero aun así, yo he tenido unos pleitos terribles con ellos.

C.C.: ¿Con los de Constanza?

L.C.: Sí. Tengo algunos que son íntimos amigos míos. Son campesinos y muy buena gente, pero hay otros que se han vuelto insoportables. Se han hecho multimillonarios con el cultivo de ajo y cebolla. Qué pena que usted se tenga que ir ya porque si no yo podía llevarla a Constanza que tengo una casa allá, para que vea cómo viven ellos.

C.C.: ¿Son de su edad?

L.C.: Son un poco más jóvenes que yo, pero más o menos de mi edad. Cuando murió Franco tuvieron un pleito gordísimo porque los amigos míos dijeron que había que bajar el cuadro de Franco del Club Español de Constanza, y tuvieron un gran lío. Fíjese usted lo que me hacen un día: llego yo allá y les pido tomates, y les pregunto, “¿quién tendrá tomates que los ando buscando?”. Y me dice uno, “mira hay una señora en aquella casa que tiene tomates”. Y llego y me dice, “pase, pase usted. Siéntese”. Y se para por delante y me dice, “¿usted es española, verdad?” Y le digo, “sí soy española”. Y me pregunta, “¿y está casada con un dominicano? ¿Verdad que los dominicanos son muy malos, tratan muy mal a las mujeres y tienen muchas mujeres?”. Yo hice así la mire y me levanté y me fui. Al hijo de esta mujer que lo vi hace poco por aquí se lo conté y se mondó de risa. Yo no voy a la Casa de España, no me gusta.

C.C.: ¿Había algún centro o club donde se reunían los refugiados?

L.C.: Había un centro republicano español en la calle Isabel la Católica. Allí se hacía teatro y obras de literatura, como le dije. También hacían bailes y recitales. Pero lo cerraban a cada rato porque los acusaban de comunistas. Teníamos también un periódico, cuyos responsables eran José Lebrón, el padre del poeta José Lebrón Savión, y [Francisco] Antuña. Antuña era un camisero que tenía una fábrica en la calle de El Conde, y el señor Lebrón había tenido una destilería de ron. Estas dos personas fueron quienes mantuvieron el espíritu de la República española aquí.

C.C.: Antes mencionaba que las familias de los refugiados republicanos no suelen frecuentar la Casa de España.

L.C.: No, de la guerra civil no. Nosotros nunca hemos sido de esa manera. Y otra cosa importante que yo siempre digo es que de todos estos miles de hombres y mujeres que vinieron, nunca se dio una nota discordante. Nunca hubo aquí un acto de delincuencia ni un mal acto por parte de los republicanos. Fue un comportamiento ejemplar. Desde luego, a los que hablaban mucho de política les daban horas para salir del país, pero esos fueron casos aislados de gente muy reconocida.

C.C.: ¿Había seguridad en las calles?

L.C.: Bueno, la verdad es que nadie se atrevía a hacer nada porque estaba Trujillo. Todo estaba controlado y había una gran seguridad. Nosotros íbamos a Constanza a pasar unos días, y en esta casa de Santo Domingo, que no tenía ninguna reja en aquella época, nadie robaba nada.

C.C.: Pero había también pobreza, por supuesto.

L.C.: Sí, pero no se atrevían. Había un régimen muy duro. Usted podía dormir con la puerta abierta.

C.C.: ¿Se acuerda de Galíndez?

L.C.: Sí, claro. Galíndez era muy amigo mío y de mi esposo. Él fue a mi boda, porque antes de casarme era ya muy amigo de mi marido, que era también abogado. Iban juntos a Boca Chica a tomar un baño con otros refugiados. A nosotros siempre nos chocaba que adonde uno fuera se encontraba siempre uno con él.

C.C.: ¿Qué recuerda de él?

L.C.: Él era muy buen taquígrafo. Se metía en la Facultad de Derecho y tomaba las cátedras en taquígrafía, las imprimía y las vendía. Un trabajo muy bien hecho que hacía. Tenía un motor, que eso era en aquella época un lujo muy grande para nosotros. Y ya le digo, uno notaba que adonde usted fuera, él estaba allí.

C.C.: ¿Sospechó usted de su relación con la CIA?

L.C.: No. Él se dedicaba a sentar las cátedras, y también traía a los vascos. Cuando vino [José Antonio de] Aguirre lo acompañó él. Pero nunca nos imaginamos que era un miembro de la CIA. Él era muy amigo nuestro, sobre todo de mi marido, y nunca lanzó una indirecta para sacar una cosa política relacionada con eso. Nada. Nunca supimos tampoco que tenía problemas con Trujillo mientras vivió aquí. Si los tenía era algo secreto.

C.C.: ¿Su padre tuvo problemas con Trujillo?

L.C.: No, mi padre no. Mi padre nunca se metió en política aquí, pero varias veces le llamaron la atención. Le decían que no diera esas cátedras tan abiertas, y que tuviera cuidado. Y él siempre decía: “pero es que yo sólo puedo dar mis cátedras de una manera”. Y todos los muchachos que no eran trujillistas iban a mi padre a que les ayudara con la tesis. Fue entonces cuando empecé a conocer a toda la gente que se enfrentó a Trujillo. Hoy las viudas de ellos son mis íntimas amigas y todavía nos reunimos. ¡Porque yo me sigo reuniendo con las mujeres de izquierdas! Y entonces yo me aparté más de los españoles y me fui con los dominicanos.

C.C.: ¿Su marido era abogado?

L.C.: Sí, abogado. Y estuvo deportado también.

C.C.: ¿Conoció usted a las hermanas Mirabal?<sup>14</sup>

L.C.: Las veía a veces. Una de ellas vivía al lado de casa, pero no tenía contacto directo con ellas. Ellas eran “catorcistas” y yo sin embargo siempre estuve vinculada al PSP [Partido Socialista Popular]<sup>15</sup>.

C.C.: ¿Llegaron usted y su marido a tener problemas serios con Trujillo?

L.C.: Bueno, él salió varias veces en El Foro Público y estuvo detenido dos veces en la cárcel de la Victoria, pero no fue gran cosa porque siempre tenía mucho cuidado para trabajar en la clandestinidad. Cuando le surgieron los problemas realmente no fue con Trujillo sino después de morir él. Mi marido era el vicepresidente

---

<sup>14</sup> Tres de las hijas de la familia Mirabal, Patria, Minerva y María Teresa, fueron asesinadas el 20 de noviembre de 1960 tras haber participado en movimientos insurrectos contra el régimen. La única que quedó viva fue Bélgica Adela, conocida como Dedé. El brutal asesinato de las hermanas marcó el declive de la dictadura y aceleró el atentado contra Trujillo, el 30 de mayo de 1961. Sobre este trágico episodio véase ALBERTO FERRERAS, R., *Las Mirabal*, Santo Domingo, República Dominicana, Editorial del Nordeste: 1989.

<sup>15</sup> Se refiere a los seguidores del movimiento revolucionario contra Trujillo conocido como 14 de Junio, fundado en 1959. Su mayor líder fue el esposo de Minerva Mirabal, Manuel Aurelio Tavarez Justo.

del distrito nacional de Unión Cívica. Unión Cívica fue a elecciones, pero las pierde y gana Juan Bosch. En la época de ese gobierno llega el 26 de Julio, una conmemoración de Fidel, y tanto a mi marido como a mí nos invitan a Cuba para ir de delegados. Pero en septiembre dan un golpe de estado y derrocan al gobierno constitucional de Juan Bosch. Y entonces durante el gobierno del Triunvirato es que empiezan a perseguir a los izquierdistas, y entre ellos a mi marido.

C.C.: ¿Usted llegó a viajar a Cuba con su marido?

L.C.: Yo para entonces estaba en Constanza y ya era verano, julio. Y aunque estábamos los dos invitados, como le dije, mi pasaje me vino por México al igual que el de mi marido. Pero cuando la embajada vio mi pasaporte, a pesar de ser dominicano, vieron el lugar de nacimiento, Madrid, España. Y como Franco no tenía relaciones con México, no me dieron el visado. Por suerte no fui, porque luego nos persiguieron mucho.

CC.: ¿Aquí?

L.C.: Sí. Mi marido y yo salimos en el periódico y a mi marido lo deportaron.

C.C.: ¿Dónde?

L.C.: A Martinica. A mi marido le pusieron en el pasaporte un sello que decía “censurado” por comunista. Entonces yo empecé a escribir en el periódico pidiendo que mi marido regresara, hasta que me llamó Donald Reid [Cabral]. Él murió en estos días, fue uno de los jefes del Triunvirato<sup>16</sup>. Y Donald, que era amigo de nosotros, me ofreció dinero, me dijo que venía de una cuenta particular que tenía la presidencia y que nadie lo iba a saber. Y yo le dije, “no. Yo no cojo dinero, Donald. Yo lo que quiero es que venga mi marido”. Yo lo que escribía en los periódicos era que mi marido no era un político. Claro mi marido era como yo, que no estaba en ningún sitio inscrito, pero todo el mundo sabía su ideología.

C.C.: ¿En qué año estuvo deportado?

L.C.: En el 63. Estuvo allí unos seis o siete meses y al final regresó. Mi marido entró el mismo día que Manolo Tabares subió a las lomas, a Las Manaclas<sup>17</sup>. Mi suegro era nieto de españoles, el primer Cassá que vino se llamaba José Cassá Toulhier, del pueblo Cassá de la Selva, en Gerona.

C.C.: Después de tantos años viviendo en este país, ¿se siente más dominicana que española?

L.C.: Igual de española que dominicana me siento, igualita. Mira, yo hasta que murió Franco ni pisé la embajada española ni volví a coger la nacionalidad. Es cuando él muere que yo la vuelvo a coger y se la doy a mis hijos. Por eso mis hijos tienen un pasaporte de la comunidad europea. Pero fíjese que hace unos años, tres o cuatro, yo participé con Claudio Caamaño y otros comandantes en la Feria del Libro. Aquel año estaba dedicada al 24 de abril de 1965, la Guerra de la Revolución. A mí me pusieron como ama de casa, representando a las mujeres dominicanas que no salieron de las zonas constitucionalistas. Yo nunca me he sentido extranjera en este país. Nunca, nunca. Tengo muy buenos afectos de aquí.

<sup>16</sup> Donald Joseph Reid Cabral fue nombrado presidente del gobierno Triunvirato en 1963, tras la renuncia del presidente anterior, Emilio de los Santos. Falleció el 22 de julio del 2006.

<sup>17</sup> Las Manaclas, zona situada en la Cordillera Central donde fue asesinado Manolo Tavarez en uno de los movimientos insurrectos del 14 de Junio, el 29 de noviembre de 1964.

C.C.: Parece que siempre ha mantenido sus ideales revolucionarios.

L.C.: Pues sí, para mí la guerra civil española y el 24 de abril van de la mano. Son mis mismos ideales y no los tuerzo por nada de la vida. Es lo que yo pienso y me moriré pensando de esa manera.

C.C.: He leído que su padre viajó también a Cuba y a México.

L.C.: Sí, mi padre daba muchas conferencias en Cuba.

C.C.: ¿Pero no vivió allá?

L.C.: No, regresaba. Daba unas conferencias en las penitenciarias, en Isla de Pinos, y poco después volvía. Pero ya en Santo Domingo una de las veces le molestó mucho cómo le llamaron la atención por la manera en que dictaba las cátedras. Y ya él dijo, “bueno ya yo no aguanto más, yo ya me voy”, y se fue de allí a México. Allí estuvo hasta que falleció.

C.C.: ¿Recuerda cuando fue derrocado [Fulgencio] Batista?

L.C.: Sí, claro. Llegó a Santo Domingo el 1 de enero de 1959. Ese día fue un día de júbilo para todos. Cuando supimos aquello él teléfono no paró en casa. Bueno, nos reunimos todos..., “¡subió Fidel Castro!”.

C.C.: ¿Estaban los republicanos españoles a favor de la Revolución?

L.C.: Sí, claro. Pero ya cuando entró Batista al poder en Cuba, ya éramos muy pocos los españoles refugiados que quedaban aquí. Ya la mayoría se había ido a otras partes de América.

C.C.: Muchos españoles que vivían en Cuba tuvieron que huir. Fidel les confiscó los bienes y las tierras.

L.C.: No, pero muchos se quedaron. Mi marido cuando fue a Cuba se encontró con españoles que habían estado aquí, y que se habían marchado para allá. E incluso uno de ellos había perdido a un hijo luchando por la Revolución. Yo soy amiga de Fidel hasta lo último. Mi marido siempre me decía que yo era muy fuerte, porque un día estábamos en la casa de Constanza, el Hotel Nueva Suiza quedaba arriba, ahora está cerrado. Entonces bajaba un grupo de gente y entraron a mi casa a saludarme. Nosotros estábamos comiendo. Yo me levanté y los saludé muy atenta. Los brindé, “síntense ustedes, ¿quieren un vaso de vino?”, etc. Pero una de ellas era una española refugiada que se casó con un español muy rico. Y ella negaba que era refugiada. Por eso cuando a mí me preguntan, yo siempre digo, “yo soy española refugiada, no inmigrante”.

C.C.: ¿Para reforzar su posición política?

L.C.: Claro, yo no vine a hacer fortuna.

C.C.: ¿Cuándo regresó por vez primera a España?

L.C.: Yo regresé por vez primera en el referéndum del 66, antes de morir Franco. Y ya de ahí empecé a ir con mi marido con más frecuencia.

C.C.: ¿No tuvieron nunca problemas políticos?

L.C.: Pues no, porque yo tenía pasaporte dominicano.

C.C.: ¿Cómo reaccionaron sus amigos y familiares?

L.C.: Bueno, yo fui a ver a mis familiares que tenían mis mismas ideas. Pero a los otros ni me acerqué. Y además yo tengo mis amistades y mi vida aquí. Allí yo ya no tengo a nadie. Porque a los catorce años imagínese usted. Mi hermana me contó

que una muchacha que estaba conmigo en el Liceo francés le preguntó por mí, pero yo me fui muy jovencita.

C.C.: ¿Notó un cambio en España?

L.C.: Pues yo la vi tal y como la dejé. Mire qué cosa. Veía los sacos de las trincheras en las vitrinas en la Puerta del Sol. Y la misma tienda de paraguas y abanicos allá, al lado de un portal del Instituto Reus, que era donde mi padre daba clases de penitenciaría para quienes preparaban oposiciones. Entré a la tienda, me compré un bolso, y entré al portal del Reus, que siempre había una ciega que vende billetes. Al lado hay una tiendecita de caramelos, ¡seguía todo igual! [sonríe]. Para mí España y esto [la República Dominicana] van de la mano.

C.C.: Doña Lily, me gustaría antes de terminar preguntarle por algunas personalidades dominicanas, ¿conoció a los miembros de La Poesía Sorprendida?

L.C.: Sí, claro, yo estaba con todos los de ese grupo. Yo conocí a Papo Vicioso. Y la madre del poeta Mariano Lebrón Saviñón, doña [Cándida] Rosa [Saviñón]. Ella era muy amiga nuestra, hablaba mucho con los refugiados. También recuerdo a Franklin Mieses Burgos, que hace unos días fue su aniversario y le dedicaron una feria del libro. A Víctor Villegas y Aída Cartagena Portalatín también.

C.C.: ¿Qué recuerda de ella?

L.C.: Era una mujer medio abandonada..., pero era muy buena escribiendo. Yo hubo una época que veía mucho a esa gente porque cuando mataron a Trujillo las mujeres progresistas hicimos lo que se llamó la Federación de Mujeres Dominicanas, igual que la de Cuba. Yo fui una de las fundadoras. Y ahí iba Aída también. Ella no era una mujer simpática, pero participaba en cosas políticas y nos veíamos en reuniones. Tenía una casita en la Caleta, que por cierto allí se reunían muchos intelectuales. Se la quitaron porque aparecieron restos arqueológicos. Y en mi casa de Constanza hubo una época en que también íbamos allá a reunirnos. Salíamos y nos bañábamos en el río.

C.C.: Antes mencionaba a Juan Bosch. ¿Pudieron conocerle?

L.C.: Sí, claro. Él era compañero de mi marido, estudiaron juntos en la [escuela] normal. Pero a mi marido no le era simpático, decía que era muy fantochón, de esa gente que se alardeaba mucho. Pero también fue un presidente progresista muy bueno y muy buena persona. Hubiera sido el presidente ideal porque no era corrupto. Pero fíjate, duró siete meses. Mi marido me contaba que él se jactaba, cuando estaba en la Normal, de que era ateo, y luego en los discursos terminaba diciendo: “hasta mañana si Dios quiere” [sonreímos].

C.C.: ¿Otras figuras dominicanas con quienes entabló amistad?

L.C.: Yo era muy amiga de Pedro Mir por mi marido, incluso pusieron un bufete juntos. Porque otra cosa que hicieron mucho los refugiados españoles fue la lucha sindical contra Trujillo. A pesar de que no se podía hablar, que era todo en voz baja y cuchicheando, influyeron mucho en la política del país. En la oficina de mi marido se reunían algunos con Pedro Mir y con Pericles [Franco]. Los españoles se metían también en los ingenios, en San Pedro de Macorís, en el trabajo sindical. Ahí es que surge Mauricio Báez<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> Mauricio Báez, dirigente obrero y sindicalista, luchó y creó huelgas durante el Trujillato en defensa de los trabajadores dominicanos. Una vez exiliado, Báez fue asesinado en La Habana en diciembre de 1950 por órdenes de Trujillo.

C.C.: ¿Y usted, participó también?

L.C.: Bueno, al igual que mi padre, yo nunca he estado afiliada a ningún partido, pero he tenido una buena participación política con los socialistas. Con el PSP [Partido Socialista Popular] y después en el PCD [Partido Comunista Dominicano], yo era de una confianza inmensa. Yo he luchado mucho en este país y tuve suerte porque nunca me agarraron.

C.C.: Entonces nunca llegó a afiliarse a ninguno de ellos pero participaba en eventos.

L.C.: Sí, clandestinamente.

C.C.: ¿Aquí en la República Dominicana?

L.C.: Tanto aquí como en Europa. Yo iba cada rato a los países comunistas a ver a mi hija. Tengo una hija, Beatriz, que estudió en la Alemania del Este, en la RDA, y Roberto en Moscú.

C.C.: Claro, su hijo Roberto Cassá, que es de ideología marxista<sup>19</sup>.

L.C.: Sí, sí. ¿Lo conociste?

C.C.: No, pero he leído algunos de sus escritos. ¿Cuántos hijos tiene?

L.C.: Dos hijos y una hija. Roberto aprendió ruso pero lo ha querido olvidar. Beatriz se hizo genetista, pero aquí no hubo campo para eso y ahora se dedica al turismo. Lleva dos compañías de Alemania que traen turismo acá. Y tengo otro hijo, Constancio, que es ingeniero pero escribe también. Ha escrito un libro sobre Constanza<sup>20</sup>. Ahora está preparando un libro con muchos datos interesantes sobre la Legión Extranjera anticomunista, cuando la invasión de Trujillo. El prólogo es de Bernardo Vega.

C.C.: Debería regresar para conocer a su familia.

L.C.: Mire, cuando usted vuelva llámeme y le llevo también a la casa de Constanza. Le va a interesar mucho conocer a los inmigrantes de allá.

---

<sup>19</sup> Véanse *Capitalismo y dictadura*, Santo Domingo, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo: 1982; y *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana: 1990.

<sup>20</sup> Se refiere a *Relatos y crónicas de Constanza*, Santo Domingo, [s.n.] Amigo del Hogar: 2003.

